

de pobres músicos ambulantes que iba andando al sol. Había el padre, la madre y seis hijos, todos andrajosos. Seguían lo más posible la línea de sombra que proyectan los árboles. Cada cual llevaba su carga. El padre, hombre de unos cincuenta años, llevaba una trompa en bandolera y un gran contrabajo bajo el brazo; la madre llevaba un gran ható de equipajes; el hijo mayor, de unos quince ó diez y seis años, iba enjaezado de clarinetes, cornetines y oficleides; otros dos muchachos más jóvenes, de doce á trece años, se habían cargado de instrumentos de música y de utensilios de cocina, de suerte que las cacerolas resonaban al unísono con los platillos; luego venía una niña de ocho años, con una percha tan larga como ella al hombro; luego un niño de seis años cubierto con un morral de soldado; luego, por último, una diminuta niña de cuatro á cinco años, desarrapada como los demás, andando también por aquella larga carretera y siguiendo animosamente con sus pasitos el paso largo de su padre. Esta no llevaba nada. Digo mal. En el sucio y destrozado sombrero que cubría su lindo y sonrosado semblante, llevaba—y esto fué lo que me impresionó—un pequeño penacho compuesto de campanillas, amapolas y margaritas, que danzaban alegremente en su cabeza.

Seguí largo rato con la mirada aquel astroso sombrero coronado por aquel resplandeciente penacho, simpática flor de alegría que había hallado manera de desplegarse sobre aquella miseria. De todas las cosas necesarias á aquella pobre familia, la más necesaria, la Providencia la había confiado á la más pequeña, balbuciente apenas. Los otros llevaban el pan, la infancia llevaba la alegría. Dios es grande.

1839

—  
MEDIODÍA DE FRANCIAY  
BORGOÑA



El viaje por el Mediodía de Francia y la Borgoña termina el largo viaje de 1839, cuya publicación ha sido empezada en *El Rhin* y continuada en *Alpes y Pirineos*.

Se observará que, para este final de viaje, las notas de álbum alternan con las cartas, las unen y las completan:

I

AVIÑÓN

Hojas de álbum

25 de septiembre.

Llegar á Aviñón con una hermosa puesta de sol de otoño, es una cosa admirable. El otoño, la puesta de sol, Aviñón, son tres armonías.

La ciudad de los Papas se va á su vez; el año de Pedro, aquel año que debía ser un ciclo, llega á su otoño; el sol poniente católico, que se levantó en Aviñón como en Roma, está en su ocaso.

Desde lejos, la admirable ciudad, que tiene algo del destino de Roma, tiene algo de la forma de Atenas. Sus murallas, cuya piedra es dorada como las augustas ruinas del Peloponeso, tienen un reflejo de la belleza griega. Como Atenas, Aviñón tiene su acrópolis; el castillo de los Papas es su Partenón.

Las colinas son calcáreas, los techos italianos, lo que envuelve la ciudad en un horizonte lleno de tonos cálidos y de líneas rectas, cortado en lontananza por algunos grupos de gruesas y redondas torres. A medida que avanzáis, el movimiento del vapor en marcha hace que aquellos grupos de torres se des-



compongan y se recompongan á los rayos del sol, sin perder jamás su unidad pintoresca y severa, como si Poussin en persona las desbaratara y volviera á ponerlas en su sitio.

Cuando os acercáis á la ciudad, la forma griega y antigua de la vieja Aviñón se modifica, sin desaparecer del todo, y la idea católica toma forma y sale á luz. Los campanarios se multiplican, las agujas góticas agujerean aquel magnífico apiñamiento de arquitectura; el castillo de los Papas conviértese para los ojos en una especie de catedral románica gigantesca, que tiene siete ú ocho torres enormes por fachada y una montaña por ábside; dibújanse aquí y allá en el recinto fortificado algunas ojivas; algunas aletas árabes enlázanse á ambos lados de las macizas puertas-torreones; en lo alto de los muros aparecen algunas saeteras de notable forma; la saetera de los Papas es una cruz †.

Todo eso es grande sobre grandeza; según he dicho más arriba, es Roma que surge de Atenas. La misma saetera no choca. La tiara era casco por un lado. Julio II, que fué obispo de Aviñón antes de ser Papa, la mostró con frecuencia de aquel lado á los reyes de Europa. La cruz católica no es únicamente una cruz, es á veces un martillo, y es otras veces una espada.

Ahora que el movimiento se retira de ella, Aviñón no es más que una pequeña ciudad de aspecto colosal.

Yo llegué hacia el anochecer, pues el sol acababa de desaparecer tras una bruma caliginosa; el cielo tenía ya ese azul vago y claro que hace resplandecer tan brillantemente á Venus; algunas cabezas morenas y tostadas por el sol se mostraban en las altas murallas como en una ciudad turca; tocaba una campana, algunos bateleros cantaban en el Ródano, algunas

mujeres descalzas corrían hacia el puerto; yo veía por una puerta ojival subir por la callejuela un sacerdote que llevaba el viático, precedido por un sacristán que llevaba una cruz y seguido de un enterrador que iba cargado con un ataúd; algunos niños jugaban sobre unas piedras á flor de agua al fondo del muelle; y no sabría explicar qué impresión resultaba para mí de la melancolía de la hora mezclada con la grandiosidad del espectáculo.

Aviñón se muere como Roma, de la misma enfermedad que Roma, con tanta majestad como Roma.

No obstante, si queréis conservar la impresión entera, si queréis llevaros en vuestro espíritu, tal vez en vuestro corazón, el Aviñón virgen y venerado, y si deseáis que ni el más mínimo sentimiento perturbe en vosotros los altos pensamientos que surgen de la contemplación de esta ciudad, no desembarquéis. No entréis en Aviñón, pasad presurosos, bajad al Ródano, marchaos á Beaucaire ó á Marsella, á una ciudad mercantil cualquiera, y desde allí volved la vista á Aviñón para admirarla.

Si persistís, si olvidáis esta importante verdad, que el viajero no conoce de las costumbres de una ciudad más que su lado feo, la hospitalidad vendida, la domesticidad momentánea y espoliadora, el albergue, en una palabra, y que no experimenta jamás la casa cordial, gratuita, amistosa y benévola; si queréis dormir, beber y comer á la fuerza en esa ciudad espectro que se llama Aviñón, si le faltáis al respeto hasta este punto, ved lo que os sucederá, ved lo que me ha sucedido.

Abordáis, el vapor toca en el muelle, echan la palanca, os toman el saco de noche (supongo que sabéis viajar y que sólo lleváis un saco de noche), dais vuestro billete y saltáis á tierra. Sois ágil, alegre, abierto,



contempláis las ojivas de las torres, y no os habéis fijado siquiera en las caras horribles que se alineaban en el muelle y os esperaban al bajar. Sin embargo, estáis entre ellas, y os rodean, os tiran de aquí y de allá, os ensordecen, y os veis precisados á reconocer que estáis entre los mozos de cuerda de Aviñón. Y vais á saber lo qué son los mozos de cuerda de Aviñón.

Son una especie de gigantes de mala traza, feos, rechonchos, cuadrados, vellosos, antipáticos á la vista. Se apoderan de vosotros, os codean tumultuosamente y os dicen con un horrible dialecto y una horrible sonrisa servicial: —¿El señor lleva equipaje? Respondéis inocentemente que sí, y enseñáis el saco de noche. —¡Esto!, replican los colosos en su algarabía, *esto es bueno para un viejo ó para un niño*. Y os consideran, á vos y á vuestro saco, con soberano desdén.

Como es siempre desagradable atravesar una ciudad sin saber á dónde vais, con una bolsa al hombro, esperáis que alguno de aquellos tipos tome vuestro equipaje. Nadie lo toca. Buscáis con los ojos un niño ó un viejo. No se presenta ninguno. Os decidís por fin, y os dirigís á la ciudad en busca de asilo, con el lio bajo el brazo. Apenas habéis dado tres pasos, uno de aquellos gigantes corre á vosotros, os arranca vuestro paquete y echa á andar delante de vosotros. Le seguís. En dos minutos está en la puerta de un hotel.

Si es el *Hotel del Palacio Real*, el mesonero os examina de pies á cabeza, reconoce que lleváis un casquete en la cabeza, botas llenas de polvo en los pies, un saco de noche por todo equipaje, juzga de una ojeada que la caza es flaca y despreciable, y os declara que no hay cuarto. Notad que su hotel está desierto. Si vais al *Hotel de Europa*, que está enfrente, el dueño os admite y os conduce silenciosamente á un cuarto cualquiera.

Vuestro faquín está allí. Hay que pagarle. Puede ocurrir que las innumerables propinas del día hayan agotado vuestro suelto y que sólo os queden monedas de oro en el bolsillo. Os volvéis naturalmente al hostelero aviñonés y le decís, mostrándole al mozo de cuerda aviñonés: *Mande usted que den quince sueldos á ese hombre*. Aquí cambia la escena; el hostelero os mira con ademán despavorido y de aquellas cuatro palabras deduce que no tenéis dinero. Nada tan grotesco como una nube de ese género en la cara de un mesonero. Su mirada corre alternativamente de vuestro saco de noche á vos, de vos á vuestro saco de noche, y el estúpido mozo de cuerda se ríe de todo. Como tenéis hambre, y como deseáis dormir en alguna parte, no os enfadáis, sacáis un napoleón del bolsillo, y decís al hostelero: —Cámbiame esto. Un momento después, el hostelero vuelve con el cambio, tranquilizado y compungido. Entonces tomáis quince sueldos del montón, y por las tres camisas que ha llevado y por los tres pasos que ha dado, se los dais al mozo de cuerda.

Aquí otra peripecia; el gigante rehusa. —*No es bastante*, dice. Os sorprendéis ligeramente. ¡Ah!, pensáis, es un salvaje que no conoce el valor del dinero; y le dais veinte sueldos. —*Son treinta sueldos*, dice el hombre.

Yo soy bastante indiferente en punto á las monedas de treinta sueldos; indiferente como un millonario; indiferente como un poeta, aunque no soy poeta ni millonario. Sin embargo, declaro que una moneda de treinta sueldos me ha dejado colérico por toda la vida. Me acordaré hasta mi última hora de la moneda de treinta sueldos de Aviñón.

En vano exponéis algunas observaciones: —¡Cómo! ¡Por tres pasos! ¡Por un lio que pesa tres libras! ¡Por quince sueldos un recadero atraviesa todo París con



la espuerta á la espalda! ¿De modo, que ganas cincuenta francos al día? El gigante queda impasible. —*Nosotros estamos asociados todos en Aviñón*, dice, *y he de cobrar treinta sueldos*. Y replicáis: —¿Y si tuviera un baúl? Os responde: —*Valdría tres francos*.

¿Qué hacer? ¿Dejar que resuelva el hostelero? ¿Hacer llamar al comisario de policía? El hostelero y él se entienden; el comisario de policía os hará perder el tiempo en niñerías casi judiciales; y luego toda la antipática baranda de los mozos de cordel de Aviñón está allí que pulula debajo las ventanas. En todo caso sería mucho ruido por poca cosa.

El hombre sigue repitiendo: —*¡Treinta sueldos! Estamos asociados todos*.

Entonces le decís: —*Pues sois una cuadrilla de bandoleros*, y le dais los treinta sueldos.

Pero os habéis puesto colérico, la facha siniestra y ambigua del faquín os trae extraños recuerdos á la memoria; recordáis las sangrientas proezas de ese populacho de Aviñón, y, á propósito de un saco de noche y de una pieza de treinta sueldos, veis aparecer bajo el techo desfondado del albergue del *Palacio Real* la pálida sombra del mariscal Brune, y oís las carcajadas de Trestaillón.

Ya veis que hubiera valido más no entrar en Aviñón.

Un pillastre que pide el doble y el triple de lo que vale, se encuentra en todas partes; pero sólo he visto en Aviñón ese sórdido mozo de cordel local, con su aspecto fiero y violento. Se comprende que ese lazzarone provenzal no llevaría una maleta por tres francos, pero mataría á un hombre por dos sueldos.

No quiero ser injusto con esa noble ciudad. Aviñón, sin duda, por los que la habitan, está llena de familias dignas, honradas, probas y hospitalarias; pero para el viajero rápido que sólo puede tomar el

aspecto y las superficies de las cosas, Aviñón sólo tiene dos fisonomías muy distintas. Por arriba es la ciudad de los Papas, por abajo es la ciudad de los faquines.

Ahora no hay que decir que admito todas las excepciones y todas las restricciones. Vuelvo, por otra parte, de ver la ciudad á la luz de la luna, más bella y más sorprendente aun que en el ocaso; y, además, el aire es tibio, la brisa suave, el cielo azul.

Ayer estaba en Lyon, y llovía á cántaros. A las cinco de esta madrugada salía de Lyon, que temblaba de frío bajo una capa de densos nubarrones; á las cinco de la tarde estaba aquí. Es un viaje maravilloso. En doce horas he ido, no de Lyon á Aviñón, sino de noviembre á julio.

26 de septiembre.

La luna estaba en su plenitud. Algunas brillantes estrellas agujereaban aquí y allá el azul del cielo, la brisa era cálida. Hay ya en las noches de Aviñón un soplo del cielo de Grecia y de Italia. Compréndese, por aquella deliciosa corriente de aire, que la puerta de Oriente está, muy cerquita, entreabierta.

Yo iba andando á lo largo del muelle del Ródano bajo las sombrías murallas de Inocencio IV. Tenía ante mí el puente de Aviñón, que cantan los alegres corros de niñas, aquel antiguo puente Benazet, roto, caído, derrumbado, á pesar del santo que lo fundó, á pesar de la capilla que sostiene aun en medio del Ródano.

Los cuatro grandes arcos se erguían sobre la luna como un recorte negro, con siluetas de hierbas y de espinos en su cúspide. El arco que toca en la orilla



pasa por encima de la carretera y la cubre con su vasta archivolta.

Bajo esa misma bóveda, cuyas profundas grietas estaba contemplando, fué detenido el carruaje del mariscal Brune, en 1815, en el momento de salir de Aviñón. Algunos miserables asieron las bridas de los caballos y los hicieron retroceder. A pocos pasos fuera del arco, con aquel horrible populacho agarrado á la cabeza de sus caballos, el mariscal pudo leer en la fachada de una casa del muelle esta leyenda, escrita debajo de una imagen de la Virgen, que existe aun: *Nuestra Señora de la Guardia, rogad por nosotros. 7 de septiembre de 1812.*

Obligaron al mariscal á entrar en la ciudad por la antigua puerta fortificada que está frente al puente de madera.

Allí, á la derecha, había en una plazuela una posada, el *Hotel del Palacio Real*, que existe aún. El mariscal se refugió en él. Y en él le atacaron, y allí se negó á escapar. Allí fué donde Pointu, Farge y Mallaine lo degollaron. Y desde aquel albergue arrojaron su cadáver para atarlo á la cola de un caballo é ir á echarlo al Ródano.

Me paseé hasta media noche por la siniestra plaza. El hotel del Palacio Real ocupa uno de los lados. Cinco hermosos almacenes, que vieron el crimen, dan sombra al piso, dos á la izquierda y tres á la derecha.

Cerca de la posada, en el fondo y más allá de los árboles, se ve la negra, coqueta y artificiosa fachada de un edificio del siglo XVIII. Las barrocas aberturas de esa fachada están hoy tapiadas y desnaturalizadas. En un marco de guirnaldas que se encuentra encima de la puerta, observé algunas huellas de una inscripción borrada. No sin dificultad llegué á descifrar: *Sala de los espectáculos*. Más lejos, en el ángulo del

muro, más allá del cual penetra una calle, hay este letrero: *Plaza de la Comedia*.

Por lo demás, 1815 no hacía más que repetir el 93. En 1815, Pointu arrastraba al Ródano el cuerpo del mariscal Brune; en el 93, Jourdain arrastraba hasta el Ródano otro cadáver más ilustre aún. Era el de Jaime de Ossa, de Cahors, Papa bajo el nombre de Juan XXII, quien, después de haber dormido cuatrocientos cincuenta y nueve años bajo la bóveda bizantina de Nuestra Señora de los Domos, acababa de ser despertado bruscamente en su tumba. Algunos descargadores de barcos, borrachos de vino ordinario y de salvaje pasión, arrojaron entre risas al río á aquel temible Papa que había canonizado á santo Tomás de Aquino, amnistiado al antipapa Nicolás V, y excomulgado al emperador Luis de Baviera.

No hay equivocación posible; en las ciudades como Nimes y Aviñón no hay jacobinos, ni realistas, ni católicos, ni hugonotes; hay matanzas periódicas, del mismo modo que hay fiebres. En París se riñe, en Aviñón se extermina. Pointu y Jourdain no son hombres, son el mismo hombre de dos épocas distintas, son el pueblo bajo aviñonés en tiempo de revolución.

Hay un completo trabajo de enseñanza y de moralización que hacer acerca ese desdichado populacho. Aquí hay que compadecer más que vituperar una vez más. La naturaleza y el clima son cómplices de todas las cosas monstruosas que hacen los hombres. Cuando el sol del medio día choca con una idea violenta contenida en cabezas débiles, hace surgir los crímenes.